

Frete libertario

Madrid,
8 de septiembre
de 1937

Número 284

editado por el comité de defensa confederal región centro

LOS INCONTROLADOS SABEN MORIR

Murieron en Málaga y murieron en Bilbao. Han muerto también en Santander antes que rendirse a las tropas invasoras

HORARIO

La Patria

El compañero Juan García Oliver habló en el mitin del domingo sobre el concepto de la patria. "Nuestra patria, la patria de los trabajadores, es el patrimonio que hoy poseemos en nuestras manos", venía a decir. En labios de un anarquista, la palabra patria sonaba a algo nuevo. La patria es el patrimonio de los trabajadores. Y es verdad. No puede haber patria sin patrimonio. Si la patria es ingrata, si no da trabajo a sus hijos, esa patria no es digna de decirle madre. La patria verdadera es aquella que permite que sus hijos puedan vivir. La patria de los trabajadores es el mundo entero. Y es el mundo entero, porque en todas partes hay trabajadores que pueden vivir con su trabajo. De ahí nacieron las Internacionales obreras. Donde el obrero encuentra trabajo, allí se halla la verdadera patria. Pero cuando de la tierra que nació se ha arrojado a los tiranos, a los usurpadores y a los explotadores, y las tierras, las fábricas y los talleres quedan en manos de los trabajadores, entonces la tierra en que se ha nacido es la verdadera patria, porque esa patria es el verdadero patrimonio de todos los hombres que trabajan. Este es el caso de la España actual. La España que se halla en nuestras manos es una España que se halla en manos de los trabajadores. Todas sus riquezas y todo su rendimiento se halla al servicio de los obreros de la ciudad y del campo. Ya no es una patria legendaria y mítica. Ya no es una España de reyes y de magnates. Ya no es una patria de tiranos y de siervos: es la patria de los hombres que trabajan y piensan; es la patria que da su riqueza a los hijos del pueblo. Por eso hemos de defender nuestra patria. La hemos de defender, porque es nuestra. Y por serlo, antes que nos la arrebaten los traidores y los extranjeros, hemos de saber perecer; pero antes de saber perecer hay que saber defenderla. El mismo compañero Juan García Oliver decía en el mitin confederal del domingo, con acento de emoción: "La patria está en peligro". No hay duda. La patria, la patria de los trabajadores, está en peligro. Todos los trabajadores deben saberlo. Pocos serán los que no lo sepan. Pero aquellos que aún no se han enterado, que no lo ol-

En los momentos difíciles que trae la guerra, en los momentos en que queda tan sólo un camino para los hombres que quieren cumplir hasta el fin la promesa que a sí mismos se hicieron de luchar y morir por la causa de todos los humildes de la tierra, de todos los oprimidos, de todos los explotados del mundo, los hombres de la F. A. I., pocos de palabras, ocupan siempre los lugares de honor que sólo se ganan con la muerte.

Cuando todos los falsos valores se esfuman; cuando todos los valentones de galera y taconazo desaparecen por el foro o buscan por todos los medios imaginables, lícitos o ilícitos, dignos o indignos, la posibilidad de continuar viviendo, los hombres de la F. A. I. se vuelven de espaldas a la vida, y con gesto inimitable se lanzan a la muerte cierta, para no tener que doblar las rodillas ante los invasores. Una mujer supo recoger para la actualidad española una frase nacida, según creemos, de la pluma fuerte y viril de un escritor francés. Una mujer española, que no milita ciertamente en nuestro campo y de la que en más de una ocasión hemos sufrido los insultos y las estridencias tan propias de ella y los suyos, fué la que dijo una frase que resume todo el pensamiento de los auténticos héroes de esta gesta proletaria que se está librando en los campos españoles: "Es preferible morir de pie que vivir de rodillas". Pero a la hora de poner en práctica esas palabras tan cuajadas de heroísmo, son los hombres de la F. A. I., son esos hombres en los que nunca piensa "Pasionaria" como no sea para escarnecerlos, los que marchan en primera línea. A la hora de morir, cuando la vida sólo puede salvarse pactando, doblando la cerviz, esos hombres tan calumpiados, prefieren la muerte al pacto. Saben que sólo de esa manera cumplen hasta el fin con su deber de luchadores de la libertad; saben que sólo de esta manera pueden dar a sus hermanos de lucha el ejemplo que los haga levantarse por encima de todos los heroísmos, de todos los sacrificios; saben que cuando todas las conductas se pongan en entredicho, cuando todos los falsos valores se derrumben, sólo su fibra heroica merecerá los honores de ser cantada por las almas sencillas del pueblo, como tributo supremo y final a su fibra indomable.

Nos acercamos a una segunda etapa de horas duras y amargas. Y a la C. N. T. empiezan a hacerle "cariñitos". Está visto que la C. N. T. es la Cenicienta, a la que sólo se acude cuando hay mucho y duro que hacer.

¡Tanto honor para nosotros! ¡Porque la blandenguería fácil de las horas cómodas no tiene ningún atractivo para los verdaderos luchadores!

Atrás quedan los charlatanes; atrás quedan los que de la palabrería hicieron trinchera en la que esconder sus miedos y sus temores; atrás quedan los que en los momentos decisivos hicieron traición a sus hermanos de lucha, para entregarse estúpida y, imbecilmente, en manos de los invasores, esperando que el abandono de la lucha les conquiese la benevolencia de sus futuros jueces, cuando en realidad sólo conseguirán alcanzar su desprecio.

Santander se rindió a los rebeldes; a Santander lo rindieron tres emisarios de las fuerzas del Gobierno entre la luz incierta de un amanecer de agosto, en el amanecer del jueves 26; eran tres hombres estampa de "controlados" que lograron convencer a todo un ejército para que depusiera las armas, pero que no tuvieron la elocuencia suficiente para convencer de la misma manera a un batallón de la F. A. I. Esos tres emisarios, Pedro Vega, comandante de guardias de Asalto, Angel Botella, comandante de Milicias, y Luis Pérez, capitán, llegaron en esa infausta mañana del 26 de agosto a un puesto avanzado de los rebeldes y conducidos inmediatamente ante el comandante general del sector ofrecieron la rendición de la capital, pero hicieron saber que un batallón de la F. A. I. que se había agrupado a la derecha de la carretera, en dirección a la bahía de Santander, al norte de la villa de Muriedas, habían decidido luchar hasta morir. Y así fué. Allí sucumbieron esos hombres, a los que sólo la muerte tuvo fuerza suficiente para hacerles doblar las rodillas.

Ellos murieron; ejemplo de héroes dignos del romance del pueblo, como héroes murieron. En cambio, los demás, no supieron cumplir con su deber. Unos se rindieron; y otros, los más habladores, los que más habían alardeado, salieron sigilosamente de Santander, buscando en las aguas del Cantábrico el camino que los separase de la muerte digna.

A aquellos héroes caídos, nuestro más ferviente homenaje, nuestra admiración más sincera. En cambio, tampoco nos extrañará que, quienes fiaron su vida a la rapidez de un barco, se presenten cualquier día en una de nuestras ciudades, llamándonos "incontrolados" y erigiéndose a sí mismos en únicos poseedores de la verdad de nuestra guerra y de nuestra Revolución.

viden; si son verdaderos trabajadores, deben aprestarse a defenderla tal como ella merece ser defendida. La voz de un anarquista lo ha dicho. Y nuestras manos es una España que lleva a la patria de los trabajadores lo mismo en los labios y en el corazón, lo dice al pensar que la patria que se defiende ahora es la patria que se ha sañado. La patria, el patrimonio de España, dirigido por los obreros manuales e intelectuales. Los traidores a la patria la han vendido a los enemigos de España con el mismo nombre de España. Son los que se llaman tradicionalistas y nacionalistas. Pero el tradicionalismo de los traidores es traición, y el nacionalismo de los mercaderes, negocio. La voz de los trabajadores habla de una nueva patria. Es la patria nacida del esfuerzo de los que trabajan. La patria del dolor de todos los que sufren y han sido perseguidos, vejados y martirizados. Por eso, al defender la patria, se defiende una patria nueva. La patria que ha nacido del 17 de julio. La patria que quedó libre de traidores y explotadores, de tiranos y de siervos. Nuestra patria, la patria de los trabajadores, nace de esa tierra que es de la colectividad campesina, de esa fábrica que humea bajo la dirección de los mismos que se esfuerzan en que esté en función. Esa patria de los trabajadores hay que defenderla. Hay que defenderla con la propia vida. Cada día que pasa se halla más amenazada. ¿Para qué negarlo? "La patria, como decía el compañero García Oliver, está en peligro." Si no la defendemos, nuestra patria sucumbirá. Y entonces la tierra en que hemos nacido, que por ser nuestra es la verdadera patria, se convertirá en páramo de la miseria de los trabajadores y en cárcel de esclavitud y de martirio. Para que tal cosa no suceda, todos los trabajadores hemos de poner de nuestra parte todo nuestro sacrificio y toda nuestra abnegación. Es preciso obedecer a la voz de la realidad imperiosa del momento. La patria de los trabajadores nos llama a todos. Y nos llama con voz apremiante. Nos llama hasta con voz acongojada para que la librems de la tiranía y de la miseria de ayer. La patria de los trabajadores está en peligro, compañeros.

ARIEL

La lección de Santander y las licencias de uso de armas

Para nadie es ya un secreto que Santander se rindió porque se hicieron dueños de la situación aquellos grupos armados en quienes el pueblo confiaba para que lo defendiera de los posibles delincuentes de una y otra clase; todos saben que fueron fuerzas armadas oficiales, y al decir oficiales decimos tanto como fuerzas a sueldo del Gobierno, las que con su actuación dieron lugar a la pérdida de Santander o, por lo menos, a la rápida e incruenta (para nuestros adversarios) pérdida de Santander.

Y caliente todavía la indignación levantada por aquella traición, se arranca el Gobierno con disposiciones según las cuales la facultad de poseer lícitamente un arma queda casi exclusivamente reservada a quienes llevan los mismos uniformes que pactaron la entrega de Santander. En una palabra, que se arrebatan al pueblo las armas que conquistó por su propio esfuerzo y se le entregan nuevamente en manos de las fuerzas armadas al servicio del Gobierno, al servicio incondicional del Gobierno, sea el que sea y haga lo que haga, completamente desarmado.

Y en tal disposición vemos, en primer lugar, un raro desconocimiento de la gravedad de los días que pueden venir; las horas difi-

les no han terminado; los momentos en que sea preciso poner en contribución todas las energías del pueblo no han pasado definitivamente; y de eso no se da cuenta el Gobierno. Como tampoco parece darse cuenta que es en los propios trabajadores en quienes el antifascismo encontró su primera fuerza de choque, y que es precisamente de los verdaderos trabajadores de quienes nunca surgirá una actitud, no ya traidora, sino ni tan siquiera vacilante, cuando de la defensa de los postulados antifascistas se trate.

Creemos que sería conveniente que el Gobierno meditase sobre las consecuencias que, a la larga, cuando llegue un momento de apuro, puede tener la medida que comentamos. Creemos que sería conveniente que el Gobierno no olvidase que fué el pueblo, el mismo pueblo, quien se dió a sí mismo una licencia de uso de armas imprescriptible, cuando las arrancó de las manos de los sublevados en Julio del 36. Y que en los momentos más difíciles, puede desconfiar de todos, absolutamente de todos, menos de los verdaderos trabajadores, en quienes siempre encontrará sus más firmes e incondicionales defensores.

Recordando únicamente el noviembre madrileño, el Gobierno no hubiera dado semejante disposición.

COLUMNAS INVISIBLES

GUERRA AL PALUDISMO

Iniciaba FRENTE LIBERTARIO hace unos meses aquella campaña que la población madrileña tenía que dar al bacilo de Eberth. Ofensiva que si bien es verdad se realizó con entusiasmo y bajo los mejores auspicios, terminó con un timbre de gloria para este pueblo heroico que sufre y parece sonriendo al dolor leve, pero molesto, que lleva consigo la vacunación.

Conseguimos con la vacuna predisponer al cuerpo humano para resistir victoriosamente la acometida de los ejércitos bacilíferos que malos presagios nos anunciaban al principio del verano que vamos a finar, pero que las voluntades férreas de los hombres pertenecientes al ejército "vestido de blanco" supieron contener y dominar. Los casos de tifus en Madrid han sido contadísimos, a pesar de todas las dificultades que hemos tenido que vencer.

Pero la batalla es dura, y aunque esta contra el bacilo de Eberth ha sido ganada, no debemos dormirnos en los laureles.

El enemigo acecha constantemente y de muy diversas maneras. La nueva ofensiva parece que se anuncia con otro ejército de distinta nacionalidad. Ya no son bacilos, a los que vencimos; son protozoos, a los que también sabremos vencer.

Hacemos esta afirmación categórica, porque actualmente contamos con la experiencia y enseñanza que da la lucha activa a quienes para vencer no contaban sino con la voluntad puesta al servicio del triunfo.

En nuestras filas se han producido varios casos de paludismo. Este es el

nuevo enemigo. Para ilustración de nuestros lectores, y siguiendo las normas de los laboratorios confederales de Sanidad, vamos, en estas líneas, a trazar una breve reseña de los caracteres más salientes por los que la Sanidad ha pasado, hasta poder fijar el protozoo causante de las fiebres palúdicas.

ANTIGÜEDAD DEL MAL

Que el mal aire desprendido de los pantanos debía llevar el miasma engendrador de las calenturas propias y características de las comarcas encharcadas, fué noción antiquísima. Tanto, quizá, como el conocimiento empírico de la enfermedad misma, existente desde que hay memoria de las cosas en los pueblos sabios de la Europa pretérita (Grecia y Roma), y que, por lo tanto, hubieron de observar todos los tratadistas médicos cuyas obras llegaron a nosotros, desde Hipócrates, inclusive.

LAVERAN

El día 6 de noviembre de 1880, hubo

de ser la época en que el médico militar francés Dr. Laveran, estudiando en Constantina (Australia) la sangre de un palúdico, observara que los granos pigmentarios de Mekel no se agitaban libres dentro de los glóbulos rojos, sino incluidos en unos protozoos amibianos que parasitaban los hematíes. El descubrimiento del hematoxario palúdico estaba hecho, pero los problemas epidemiológicos y patogénicos permanecían todavía velados y más densamente aún, por cuanto los empeñados en hallar los gérmenes del nuevo parásito fracasaban por completo.

MANSON

Este ilustre investigador de la filariasis y otras enfermedades tropicales, que, desde 1876, conocía el desempeño transmisor que verificaban los mosquitos con respecto a aquellas dolencias, pensó que algo análogo debía ocurrir en el paludismo. Laveran aceptó, desde luego, este punto de vista, pero las pruebas documentales empezaron a acumularse en virtud de investigaciones hechas por Ronaldo Ros en Calcuta, por consejo de Manson, demostrando que los hemospodiosis de las aves se transmiten mediante la picadura de los mosquitos. También la primera prueba de contagio interhumano, por medio de los mosquitos, fué aducida por dicho sabio, advirtiendo la "explosión" del paludismo en su hijo después que éste se hizo picar por mosquitos que anteriormente habían tomado sangre de enfermos palúdicos.

Gresti, en Italia, y Guillermo Koch, en Alemania, lograron demostrar que el paludismo humano va de pacientes a sanos, llevado por los mosquitos del género Anopheles, cuyos cuerpos tienen una reproducción sexual del tipo esporogónico.

Lo esencial, desde el punto de vista epidemiológico, es la determinación de esas circunstancias mesológicas, que concatan entre sí las tres piezas indispensables del mecanismo palúdico: el parásito, el hombre y el mosquito.

Nada puede inocularse, si no hay un hímene (en actividad clínica o latente) portador del virus; nada puede contaminarse sin la acción de los caracteres transmisivos específicos, que son las hembras anofelinas.

Sentados estos principios, que nadie discute, los focos de paludismo serán rápidamente atajados, si se procede al aislamiento rápido de los atacados, alejándolos lo más posible de la zona de infección. Y simultáneo con esto, la campaña rajante para lograr el saneamiento de las charcas y terrenos pantanosos, donde nace el mosquito, único portador del mal.

Ofensiva dura la que hay que acometer contra este nuevo enemigo invisible, que nos ataca por la espalda, solapadamente, produciendo bajas en nuestras filas.

Las medidas adoptadas por las autoridades sanitarias se llevan a cabo con gran diligencia. El mal está perfectamente localizado. Pero todos, dando una prueba más de disciplina, debemos acatar las disposiciones superiores, para lograr sobre el paludismo una victoria tan señalada y tan rotunda como la, lograda por el Ejército Popular y toda la España leal sobre el tifus.

Esta es nuestra esperanza fundadísima, y esta es la "consigna" sanitaria en el día de hoy.

Trabajadores:

leed todas las noches

“CNT”

La segunda guerra de la Independencia española

RENUNCIAMOS A TODO EXCEPTO A LA VICTORIA

La táctica de que se valió Napoleón Bonaparte para invadir España y colocar en su trono a su hermano José, fué bien sencilla: se crea una pequeña opinión "francesa" entre la aristocracia y el clero; con habilidad, aunque no hacia mucha falta, se lleva a Bayona a aquel despota imbecil que se llamó Fernando VII, descendiente de otro rey francés y enemigo hasta de su propio padre, se le guarda en una jaula dorada, se mandan unas cuantas divisiones bien organizadas, y la aristocracia, aunque no toda, y el clero español firman un acta de reconocimiento de un nuevo despota; no importa que se llame "el botella", es su rey y les da lo mismo a aquellos hombrucos. El pueblo español, engañado respecto al inicio proceder del Borbón, comienza a llamarle "el deseado", y tan deseado fué, que a raudales fué derramada la sangre de este inocente y confiado pueblo español en defensa de su rey y de sus libertades, libertades que lo hubieran sido sin su deseado rey. Llega, por fin, a esta tierra y se acabaron las pocas libertades conseguidas a cambio de tanta sangre. Se luchó contra Francia hasta agotar el aliento, se la vence, y esta misma Francia, algunos años más tarde, envía un gran ejército, que se llamó "los cien mil hijos de San Luis", al mando del duque de Angulema, para someter a este pueblo a la despótica autoridad de Fernando VII, a quien el pueblo llamó "el deseado" y que antes había sido librado de su prisión en Valenciennes (Francia), por los héroes españoles que en adelante serían tiranizados por él. Así termina la primera guerra de la independencia de un pueblo que casi toda su historia se reduce a esto: luchar contra el invasor por su independencia.

Si España en algún tiempo no lucha por su independencia, desde 1492 hasta 1808, es guiada por su aristocracia al mando de un rey extranjero, pues todos lo fueron a partir de Carlos I, en aventuras guerreras que desangraron el país hasta el punto de llegar su población a cuatro millones y medio de habitantes únicamente, y el provecho nunca fué para este pueblo, fué para otros.

Las tres castas opresoras españolas, extranjerizadas y degeneradas, incultas y soberbias, militares, curas y aristócratas, sumisas a un rey extranjero, Borbón, inventaron, después de perder las colonias, por incapacidad y rapiña, nuevas aventuras guerreras en África, querían nada menos que continuar con Isabel II la campaña de hacia cuatrocientos años de Isabel I contra los árabes, se perdieron las últimas colonias y, al fin, esta España generosa, a través de sus desastres, todavía, con una dinastía extranjera en el poder y con las castas dominantes ineptas campando a sus anchas, teniendo que sufrir una guerra crónica en África, que valiera ascensos a favoritos, comenzó a tener una conciencia de sí misma y, con su certero instinto, comenzó a separar de sus negocios a las tantas veces fracasadas castas privilegiadas. Como éstas, aunque carecen en su totalidad de la más mínima cultura, no las ocurre así con su instinto,

como buenos animales lo tienen bien desarrollado y no tardan en darse cuenta del peligro, torpes, no saben encauzar debidamente sus deseos y como jabalíes acosados recurren a los últimos procedimientos, a ellos les tiene sin cuidado ser dependientes de una nación extranjera, a lo que ellos aspiran es a vivir con su ignorancia aun a costa de sufrir humillaciones; prefieren ser pobres, señores que ciudadanos dignos y libres y, así como en otra época vino en su ayuda un duque de Angulema, ahora, como antes, sin valor para hacerlo por sus propias manos, tienen que solicitar la ayuda extranjera para seguir medio viviendo con algún privilegio, aunque la mayoría de sus hermanos muera lentamente de hambre y de miseria.

Santander fué tomado por divisiones del ejército regular italiano.

España es presa nuevamente de la rapacidad extranjera solicitada por españoles traidores. Un conde traidor trajo aquí a los árabes; un rey felón y extranjero trajo aquí los cien mil hijos de San Luis, y un contubernio despreciable, en el que se han juntado militares traidores y cobardes, que lo demostraron en los primeros momentos de la sublevación cuando lucharon solos, aristócratas, cléricos, junto con los capitanes de industria, llama en su auxilio las mesnadas analfabetas de ese histrión megalómano que se apoda Mussolini; la historia, la triste historia de España, se repite sarcásticamente.

Bien saben las castas aún privilegiadas hace dos años, que este pueblo generoso y admirable, en un momento que pudo, cuando se proclamó la República española, no aplastó de una vez para siempre la causa de sus desdichas por espacio de dos mil años; hubo quien lo dijo y hubo quien pronosticó los sucesos posteriores. ¿Qué más querían? Se les había respetado vida y hacienda y hasta se les dejaba un resquicio de intervención, aun después de tantos desastres, en la vida pública; no se les quería mal, a pesar de todo, y el pueblo, la inmensa mayoría del país, deseaba vivir una vida feliz de libertad y respeto a sus antiguos opresores. Hay quien culpa a la revolución francesa de ser sangrienta. ¿No es cien veces más sangrienta esta guerra de invasión que sostenemos contra aquellos a quienes se perdonó y no entendieron el gesto sublime de los españoles, unidos a aquellos aventureros extranjeros que ellos han traído y que no buscan sino la rapiña?

No es una invitación esta al crimen, no, es un recuerdo perenne a aquellos que asolaron a España, que la están terminando de devastar, para, sobre sus ruinas, vivir como chachales que esperan a que su señor el león termine de zamparse el banquete que ellos le proporcionaron, para cuando esté harto comerse ellos los restos, ¡pobres miserables!, y es también otro recuerdo a los que luchan contra ese contubernio, no para que griten "vivan las caenas", como en 1808 al luchar por un rey extranjero, sino para ver si de una vez para siempre nos ponemos de acuerdo los buenos españoles para vivir en paz una vida de libertad y progreso.